

# La Novela Cinematográfica

N.º 5

20 cts.



**LA  
HEREDERA  
INTRÉPIDA**

por  
**PERLA BLANCA**

1898

1898

1898

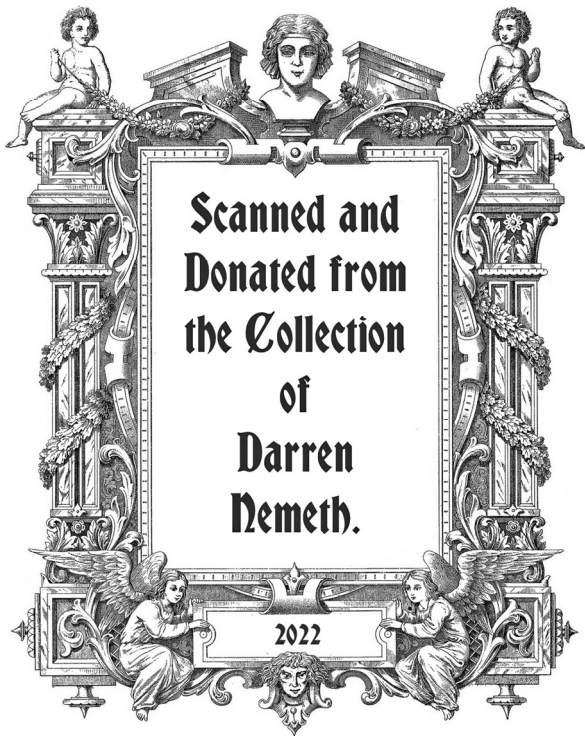
1898

1898

1898

La heredera  
intrépida





Scanned and  
Donated from  
the Collection  
of  
Darren  
Nemeth.

2022

# LA NOVELA CINEMATOGRAFICA

---

Redacción } Provenza, 244  
Administración } Teléfono 1336 A. BARCELONA

Año I

Núm. 5

---

---

## La heredera intrépida

Interesante fotodrama de la marca

« FOX FILM »

Interpretada por: **PERLA BLANCA**

---

Desde su nacimiento Alejandra Mac-Givens, no conocía más mundo que el rudo paisaje del Estado de Kentucky, en el seno del cual y una de las márgenes de un afluente del Missisipi poseía su padre desde hacía muchos años una vasta explotación forestal.

Su nacimiento había causado la muerte de su madre, y su padre Aarodn Mac Givens en tal ocasión lamentó tanto la pérdida de su fiel y queridísima compañera, cuanto la difícil situación que para él se creaba con la educación de su hijita en aquella sierra, cuyos moradores en punto a moralidad de costumbres no estaban ciertamente a gran altura.

Por el momento decidió entregar a su hija a una nodriza indiana, de cuya adhesión a la familia tenía pruebas fehacientes. Y cuando la jo-

ven fué ya mayorcita procuró educarla como si fuera un muchadcho.

Tan pronto pudo acompañarle, le enseñó los rudos trabajos propios de su profesión, y casi siempre fueron juntos a los bosques.

A los veinte años, Alec, contracción masculina de Alejandra, era casi tan apta como su padre para dirigir una tala de árboles, a conducir por vía fluvial una partida de troncos que a hacerse obedecer por el personal de la explotación.

En su armario ropero poseía dos o tres lujosos trajes femeninos, que sólo se había vestido en muy contadas ocasiones y para poco rato, pues se encontraba mucho mejor con su camisa a cuadros, su calzón de paño recio y sus polainas de cuero.

Tal indumentaria hacía resaltar más su talle esbelto y elegante, y no la privaba de poseer toda la gracia adorable de la mujer hermosa.

Su magnífica cabellera, blonda como hebras de oro y belleza, causaban la admiración de todo el mundo, pero la respetaban, pues harto sabían que ni ella era de las que toleran la menor falta de respeto, y que su padre en fuerza y destreza podía con cualquiera, y que, en última instancia, la bala de su rifle daba invariablemente en el blanco.

Ternura infinita unía a Aaron y Alec, pues si el padre no tenía otro amor en el mundo, la joven, cuyo corazón no había aún escuchado la voz de otro amor que el filial, consideraba a Aaron como el único hombre en el mundo digno de ser querido por la bondad de su corazón y admirado por su valor y energía.

Por su parte Mac Givens, como ya hemos dicho, no vivía más que para su hija, y ya no lamentaba de que el destino no le hubiese depara-

do un hijo varón, pues estaba acostumbrado a ver en Alec un auxiliar precioso, cuya educación masculina no había anulado la dulce sensibilidad de la mujer.

En cierta ocasión, regresando de uno de los bosques vecinos, hablando de mandar una expedición de madera a Coal-City, pequeño villorrio situado a un centenar de kilómetros de la localidad, dijo «Alec»:

—Así, pues, Zás decidido ir sólo? Tanto como me hubiera gustado hacer juntos este corte viaje.

—Bien sabes, hija mía, que también sería mi gusto el que me acompañases, pero reconoce que se trata de una ausencia de cuatro o cinco días, dos para hacer el viaje de ida por el río, y otros tantos por menos para regresar a caballo.

—Bien, aunque así sea, tú sabes que no conozco la fatiga.

—No se trata de esto hija mía, bien sé que tu resistencia física te permite competir con el más ducho ginete. Pero has de saber, que ya en Coal-City pienso detenerme unos días para tratar de otros negocios, y si nos marchamos los dos, ¿quién atenderá lo de aquí?... Te consta que los obreros necesitan de alguien que les vigile, pues si no huelgan.

—Tienes razón papá, me quedaré.

—¿Ha regresado Bud?

—No, todavía, no, y por cierto que me sorprende tal tardanza.

Bud Sellers era el hijo único de un compañero de Mac Gives cuyo padre había muerto en un accidente tan común a los trabajos de esa índole, de las gravísimas heridas que le produjo un corpulento árbol al ser derribado.

Antes de morir, recomendó a su amigo cuidase

por un brazo; desasióse aquel bruscamente y dijo:

—Sois un explotador vil, y no tenéis derecho alguno sobre mí. Por tanto os prohíbo que me toquéis..

Aaron no le dejó acabar la frase e intentó sujetarle. La lucha fué de corta duración, pues Aaron más fuerte que Bud fácilmente le hubiera reducido a la impotencia, pero, soró un disparo y Mac Givens cayó pesadamente sangrando el pecho.

El joven al darse cuenta de lo que había hecho, intentó volver el arma contra sí, pero su padre adoptivo, con voz débil le dijo:

—No hagas tal, insensato; dame el revólver, y huye presto. Yo diré que se trata de un accidente casual.. que considerando el arma, se me ha disparado.

Bud altamente emocionado se precipitó sobre él llorando, pero Aaron, insistió:

—Huye, la herida no reviste gravedad, pero si así no fuera, y muriese, júrame que la cuidaré por «Alec» como si fuera tu hermana.

—Os lo prometo, padre mío, y os juro también no beber más el licor maldito..

¡Huye! ¡huye!..—insistía Mac Givens, y el joven obedeciéndole desapareció en la espesura del bosque.

Afortunadamente no tardó en ser socorrido, pues dos leñadores que pasaban a corta distancia, al oír la detonación dirigieronse hacia aquel lugar.

Grande fué su sordesa al ver que el herido era su amo. Pero a sus preguntas acerca de quién había sido el agresor, contestó que se había herido él mismo al examinar el revólver.

Tal contestación no convenció a ninguno de los



dos, pues sobradamente sabían su habilidad en el manejo de las armas, pero como a ellos no les incumbía poner en claro el asunto, improvisaron una camilla y condujeron al herido a la casa.

Inmediatamente fué avisado Bob Muphy, un un contraamaestre que era conocido por el remoque de «El Doctor», a causa de que en su juventud había estudiado medicina y cirugía, de las que poseía algunos conocimientos.

Cuando «Alec» se enteró de lo ocurrido, corrió a ver a su padre, pero este la tranquilizó diciéndola que la herida no era grave, y pronto quedaría curado.

Minutos después llegó el doctor, quien con voz autoritaria mandó salir a cuantos estaban en la habitación.

Con la habilidad de un viejo practicante consideró la herida, y dijo:

—Su estado, aunque grave, no es desesperado. No se desanime usted, Mr. Mac Givens, y pronto sanará.

Siguiendo un procedimiento un tanto rudimentario, pero con todas las precauciones asépticas que el caso requería, procedió a la extracción del proyectil, y una vez lo tuvo entre sus manos, considerándolo, dijo:

Si se hubiese alojado unos centímetros más abajo, mi intervención hubiese sido inútil.

Y añadió:

—En fin, reposo absoluto, tranquilidad completa y respondo de la pronta curación. Además, es necesario no hacer el menor movimiento, y, hasta tanto no le autorice, no decir una palabra.

Al salir el «doctor» Alec, le interrogó con ansiedad, pero Bob Murphy confirmó lo antes dicho; que si se seguían al pie de la letra sus indicacio-

nes, el herido sanaría, y que en caso contrario no respondía de nada.

Añadió:

—Conste empero que no creo en la explicación que al hecho ha dado su padre. Para mí ha sido víctima de un crimen.

La joven no podía apartar de su mente tal idea, pero el «doctor» le ordenó que no hiciera al herido la pregunta sobre el particular.

\* \* \*

Poco después llegó Villiam Brent, el agente de la Compañía, quien enterado del accidente, se ofreció a Alec en cuanto pudiese serle útil:

—Muchas gracias, Mr. Brent—contestó la joven. Por el momento a mi padre sólo le conviene un descanso absoluto. Pero, ahora recuerdo, que mañana había de salir la expedición de maderas hacia Coal City, y si no fuera perjudicarle, me atrevería a suplicarle un aplazamiento de veinticuatro horas.

—Concedido, Miss, en circunstancias tan dolorosas para usted, como lo son las presentes, debe estar usted junto a su padre.

Reiteró «Alec» su agradecimiento, y manifestó que así como su padre jamás había retrasado un sólo día la entrega de mercancías, ella, en esta ocasión, pondría todo su cuidado en que el retraso no fuese mayor del anunciado.

No tardó en llegar Bud, que presa de los remordimientos había vagado largo rato por el bosque.

Al ver a «Alec», creyendo que conocía su crimen, bajó la vista avergonzado.

La joven, dirigiéndose a él le dijo:

—Pensaba refirme por haber desaparecido esta tarde, pero, después de sucedido, no tengo valor



...Poseía dos o tres lujosos trajes femeninos, que sólo se había vestido en muy contadas ocasiones.

para ello. Tengo la convicción de que me ayudarás a encontrar el culpable y le desenmascaremos si mi padre se obstina en callar su nombre.

La obscuridad de la noche, no permitió a «Alec» darse cuenta de la palidez del rostro de Bud, quien en el colmo e la estupefacción se enteró de que Mac Givens no le había dicho la verdad ni a su hija.

La llegada del «doctor» puso fin al diálogo, no sin que antes «Alec» le diera algunas órdenes y acabara diciéndole que tenía depositada en él su confianza, y que no dudaba se haría digno de ella.

Aaron protestó del régimen de silencio que le imponía el doctor, pero éste afirmó que lo hacía para que no abusara.

Le pidió permiso para dar instrucciones a Alec, que le fué concedido a condición de que fuera breve.

Al saber la joven que su padre tenía el propósito de que ella dirigiese la expedición de Coal City, afirmó que no haría tal, pues no quería dejarle hasta y tanto no estuvierad totalmente curado, pero Aaron le contestó:

—No te inquietes, hija mía. Por de pronto el «doctor» me asegura que no hay peligro, además, cuidado por la vieja nodriza, nada me faltará. Marcha taranquila, y para facilitar el descenso por el río, llévate a Malloros...

—Malloros!...—repitió la joven en el colmo de la estupefacción.

El padre contestó afirmativamente y añadió que aun euanlo tenía el propósito de despedirle más adelante, para este viaje le consideraba indispensable.

—Mallorós?...—insistió Alec.—Pero, no fue el quien te hirió?...

—¿Por qué no crees que fuí víctima de un accidente casual?

—Porque todos lo dudan, y el «doctor» el primero.

—Sin embargo es preciso que todos crean lo que dije; y tú, antes que nadie; por lo menos en apariencia.

—Pero, ¿qué motivos tienes para no denunciar a ese mal hombre?

—Sigues pensando que fué Malloros, y te equivocas. No fué él, por lo menos materialmente; el inductor, eso ya es otra cosa.

Alec contempló unos instantes a su padre como buscando en sus ojos la solución a un inescapable enigma; después un nombre acudió a su mente, pero al ir a pronunciarlo su rostro experimentó una sensación de terror tan pronunciada, que su padre para calmarla, la cogió la mano y acariciándosela, dijo:

—En tus ojos leo que has adivinado de quién se trata.. No olvides empero que su padre perdió su vida por librarme de un peligro, y que antes de morir le prometí que cuidaría de él como de ti misma. Además no creo en la maldad de su corazón; el alcohol, las malas compañías: eso es todo. Deseo que olvides lo sucedido, y le perdones como yo le he perdonado.

—Padre mío, es demasiado lo que me pides. En cuanto le vea, no podré contenerme y le extrangularé,

—Cálmate hija mía, bien sabes que el «doctor» me ha prohibido terminantemente la menor agitación.

Aaron insistió, y Alec, como buena hija sumisa obedeció quedando convencido que Bud iría también con ella.

Bud Sellers que había pasado la noche sin dormir, temiendo una posible agravación del herido, tan pronto como se halló en presencia de Alec, adivinó en su mirada «que ya lo sabía todo».

Por eso cuando la joven le manifestó que si ayer le dijo que en él tenía depositada toda su confianza, ahora, en cambio, creía que sólo era de él de quien debía guardarse, y que si le admitía a su lado era obedeciendo un deseo de su padre que en su bondad infinita le había perdonado, contestó:

—Me lo figuro, y te advierto que si yo mismo no me infringí el castigo merecido, fué por que él me lo prohibió. Y ahora más que nunca me creo en el deber de velar por él y por tí.

Alec, le contestó que debía acompañarle en su expedición con Mallows y que con su manera de portarse podría demostrar si lo que acababa de decir sólo eran palabras vanas, o el fruto de un arrepentimiento no fingido.

Agradeció Bud tal prueba de confianza y quiso entrar en la habitación del herido para pedirle de rodillas nuevamente le perdonase, pero Alec no consintió pretextando que toda emoción podía serle perjudicial,

Era opinión general que Aaron Mac Givens, estaba más grave de lo que el «doctor» suponía, y el infame Mallows, ya acariciaba la idea de cobrar el importe de la mercancía enviada a Coal-City, y guardarse bonitamente dicha suma.

Por su parte Will Baent lamentaba que el tener que partir aquél mismo día le impidiese no solo de cortejar a la bella Alec, si no incluso de jalonar e camino que podía conducirle al enlace soñado,

La presencia de Alec con el rifle a la bandolera, sorprendió a todos.

Lamentó la inactividad de los trabajadores y reiteró las órdenes para que todo estuviese dispuesto para la mañana siguiente que tendría lugar la marcha, y, finalmente, anunció que ella iría sustituyendo a su padre.

Dijo estas palabras con un tono enérgico, que no admitía réplica alguna. A Mallows, de momento, le molestó el que Alec fuese a Coal-City, pero luego felicitóse de ello, pensando que así podría apoderarse del dinero y de la muchacha.

Hipócritamente contestó que celebraba tal decisión, puesto que expresaba su confianza en el pronto restablecimiento de la herida que sufría su padre.

Y añadió en voz baja:

—Te aseguro, hermosa, que pronto terminará tu «sol» de fiera. Y ello será tan pronto te tenga en mi poder, cosa que ciertamente no acertará a evitar ese imbécil.

Y aludía a Will Brent, a quien la decisión de Alec le daba grandes esperanzas, y que se desvivía por complacerla.

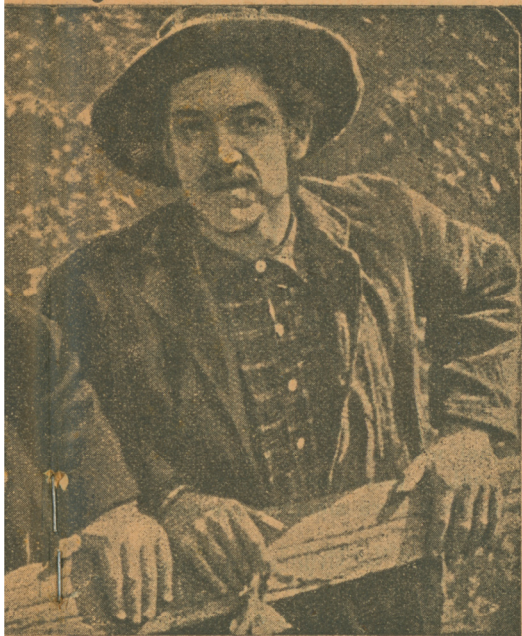
A la mañana siguiente, y poco antes de partir, Alec, siguiendo las instrucciones del «doctor» hizo prometer a su padre que seguiría al pie de la letra las instrucciones del facultativo.

Un beso de despedida, y Alec, se encaminó hacia el río.



Lute Brown y Mallows siguieron hablando y poco  
y el otro a





poco después dirigióse el primero a sus habitaciones  
otro a la calle.

Embarcó Alec en la almadía que iba a la cabeza del convoy y en ella le aguardaban Mallows y cuatro hombres armados de largas pértigas que eran los encargados de dirigir la embarcación por la corriente.

El jefe de talas ya tenía formado su plan, o sea prescindir de Bud y de Will Brent. Y así, tan pronto la joven embarcó, dió orden de marcha, y la almadía suavemente impulsada por la corriente deslizo se río abajo. Al darse cuenta de ello, le increpó Alec:

—¡Pero qué diablos habéis hecho! ¿Por qué no aguardábais que embarcaran Bud y Will?..

—Ya embarcarán en la otra almadía, miss. Es muy tarde y no tenemos tiempo que perder.

Alec vió entonces que dos hombres corrían por la ribera haciendo señales; en ellos reconoció al representante de Coal-City y a Bud.

Adivinó que algún infame proyecto germinaba en la mente de aquel malvado y le dijo:

—Habéis obrado mal no poniéndoos a mis órdenes, y sabed de una vez y para siempre que aquí nadie manda más que yo.

Por un momento Mallows se situó al otro extremo de la almadía, sin, al parecer, preocuparse de Alec, pero no tardó en volver a donde ella estaba y trató de entablar conversación hablando, primero de cosas banales, después, de la enfermedad de su padre, y, finalmente, tratando de convencerla sobre la conveniencia de cambiar de estado, pues su padre no había de vivir siempre, la declaró su amor, y, sin duda para que sus palabras fueran más convincentes cogió a la joven por las manos, pero Alec se desprendió bruscamente y le dijo con energía:

—Os prohibo terminantemente dirigiros a mí nunca más en este sentido,

Pero el whisky había exiciatdo al jefe de talas, y exasperado, olvidando el respeto que debía a la hija de su patrón, intentó besarla.

Alec, no requirió el rifle; ni siquiera pidió auxilio a los hombres de a bordo, si no que de un formidable puñetazo propinado en el pecho del insolente, lo derribó, haciéndole caer al río.

Mallows que sabía nadar perfectamente se sostuvo a fote hasta y tanto que pasó la a madía que navegaba en segundo lugar, y abordo de la cual, iban Bud y Will.

Por la noche atracaron las a madías en una de las riberas y Mallows se apresuró hipócritamente a pedir mil perdones a Alec por su atrevimiento.—«El calor, un momento de locura.. el maldito whisky, que no bebería más, eran los causantes de ella...».

La jornada siguiente transcurrió sin novedad, y al término de ella llegaron a Coal City.

\* \* \*

Coal-City era una pequeña villa de 1,500 a 2,000 habitantes. Sus principales edificios eran el Banco, las oficinas del Sindicato de Constructores y una mala fonda, pomposamente llamada «Palace City».

En la planta baja, estaba situado el «bar», en el que se veían sujetos de mala catadura, entre ellos Lute Brown que residía desde hacía bastante tiempo en la localidad y se fingía corredor de mercancías cuando en realidad sólo vivía del producto de sus fechorías,

Al encontrarse con Mallows cambiaron un fuer-

te apretón de manos, y comenzaron a hablar de sus «negocios».

Will Brent encontró a su amigo Halloway, hijo de un multimillonario newyorquino que usaba el nombre de James Smith para no ser molestado ni víctima de ningún atraco.

Alec, sin hacer caso de las indicaciones de Bud entró sola en el bar al objeto de pedir qué habitación le habían reservado.

Al verla Lute Brown, acercóse a ella y con groseras maneras le ofreció un vaso de whisky, pero la joven quitósele pronto de delante.

Will Brent corrió a ponerse a sus órdenes, pero Alec aún agradeciendo su ofrecimiento manifestó bastarse para defenderse.

El agente y Halloway, a quien seguiremos llamando James Smith, comentaban el hecho admiradísimos y el primero que había intentado hacer creer al hijo del millonario que Alec consistía para él una conquista fácil, al ver que éste significaba también sus deseos de conquistarla, mordido su corazón por los celos, siguió a su compañero hasta su dormitorio.

En tanto, en un rincón del bar Malloks gesticulaba como un energúmeno, porque Alec no le había dirigido ni siquiera una mirada. Lute Brown, que pese al mucho alcohol que ingería tenía más clara la cabeza que firmes las piernas, le dijo:

—Tranquilízate hombre, tranquilízate. Tendrás sobrado tiempo para ver nuevamente a tu adorada e incluso para hablar de asuntos más serios.

Y ambos compinehes siguieron apurando copa tras copa, hasta dejar vacía la botella.

Acababan de dar las doce de la noche. Brent se había dirigido a su casa y James Smith estaba en su habitación sin poder apartar de su mente la imagen de Alec que él había denominado «La joven salvaje».

La hija de Mac Givens satisfecha en la soledad de su cuarto pensaba en su padre querido, y sentía un temor vago e indefinible que le impelía a temer por la suerte del herido.

Decidida a no perder ni un sólo instante para regresar, rindióla la fa'ga, se puso nuevamente las botas y se acostó vestida.

Lute Brown y Mallows siguieron hablando y poco después dirigióse el primero a sus habitaciones y el otro a la calle. Bud oculto en la penumbra, vigilaba la casa.

Poco rato había transcurrido cuando una mano criminal prendía fuego al edificio.

Bud poniendo su vida en peligro corrió a salvar a Alec. Ya en la habitación de ésta hubieron de salvarse arrojando una cuerda a las ramas de un copudo árbol que estaba a tres metros de la ventana.

¡Por segunda vez le debía la vida!

Al día siguiente al disponerse a ir a las oficinas de Brent se encontró con James quien la felicitó por haberse salvado del siniestro.

La joven que como ya se ha dicho tenía vivos deseos de terminar el asunto cuanto antes, le dijo a Brent:

—Ya que os mostráis tan obsequioso conmigo, me atrevo a pedir os un favor: el que ordenéis cuanto antes el recuento de la mercancía.

Pero Will contestó que ya se contaron al emprender, y como nada hacía suponer que pudiera

haberse extraviado ningún tronco, holgaba recon-  
tarlo. Añadió que en todo caso se arreglaría en  
sucesivas expediciones y que por su parte po-  
día dirigirse a la Banca a cobrar el importe de  
la venta.

Vigilada de lejos por Mallows y rodeada de  
Brent, James y Bud, la joven fué a la Banca, don-  
de aún quedaba a guien por enamorarse de ella.  
Este era Jerry O'Keefe que al verla quedó pren-  
dado de su hermosura.

El cajero trató de hacerle comprender que co-  
rría serio peligro viajando sin escolta por parajes  
tan solitarios y llevando tan importante suma, pe-  
ro ella contestó que nada temía y tan sólo rogó  
que envolviera los valores en varios periódicos  
a fin de que pudiera fácilmente guardarlos en el  
bolsillo.

Dirigióse con Bud hacia la almadía, quien se

Después de comer volvería a recogerlos y par-  
tiría en seguida.  
dió cuenta de que por allí rondaban varios sujetos  
de mala catadura que parecían vigilar a la jo-  
ven.

Y ello motivó que también él hiciese idénticas  
observaciones a la joven y se brindó a acompa-  
ñarla.

—No Bud—contestó—; conviene que te quedes  
para conducir las almaidas, pues poca confian-  
za me inspira Hallows.

—Las almaidas tienen bastante menor impor-  
tancia que tu vida. ¿Por qué no me permites que  
te acompañe velando por tí?

—Bastante has hecho esta noche pasada, y te  
aseguro que te has hecho merecedor de mi per-  
dón.

—Pues te aseguro que aún no me considero díg-  
no de él. Desde el momento que, impulsado por

la locura, cometí mi villana acción, los remordimientos me acosan noche y día.. Por mi tranquilidad te pido que si no me permites que vele cerca de tí lo haga por el dinero que tu padre necesita para extender la explotación.

Mas que cualquier otro fué este argumento el que hizo mella en el ánimo de la joven, quien dijo:

—Tienes razón, escucha..

Y asegurándose que nadie les oía siguió hablándole en voz baja. A medida que hablaba Alec el rostro de Bud se iluminaba, y cuando terminó dijo:

—Gracias, Alec. Haces bien confiando en mí, A la una estaré frente a la casa de Banca.

Entretanto Mallows y Lute Brown y otros de su cuadrilla preparaban el ataque. Larga fué la discusión, se expusieron diversos pareceres, y por fin convénose que se dividirían en dos grupos, y vigilarían los dos únicos caminos que Alec podría tomar para el regreso. Cuando la joven cayese en su poder la robarían el dinero, la conducirían a un escondite ya conocido de antemano, donde se presentaría Mallows y simularía un rescate. Así, acaso conseguiría hacerse amar por la joven.

Alec a la hora convenida volvió a la Banca, y al entrar dijo a Bud le aguardase en la puerta.

Jerry O'Keffe la recibió con su amabilidad acostumbrada y le dió los valores envueltos en unos periódicos.

Alec pidió al empleado le hiciera otro paquete de iguales dimensiones conteniendo sólo recortes, y pidióle guardase el secreto, lo que Jerry agradecer a la joven prometió formalmente,

Al salir dirigiéndose en voz alta a Bud, díjole dándole uno de los paquetes:

—Aquí tienes los periódicos llegados últimamente de la capital; entretente leyéndolos.

Y sin decir más montó a caballo y partió a galope hacia la montaña.

\* \* \*

Alec hizo rumbo hacia Viper-Station. Escasamente había corrido dos leguas cuando percibió el galope de dos caballos. En vez de acelerar la marcha paró el caballo y se dispuso a ver quién iba en su seguimiento.

Los tales eran dos individuos de mala catadura, que la joven supuso compinches de Lute Brown.

Acercándose a Alec dijeron que les enviaba Mr. Brent para acompañarla, pero ella contestó secamente que podían volver por donde habían venido, y como quiera que los bandidos no parecían muy dispuestos a obedecerla, la joven sacó rápidamente el revólver, y les planteó el dilema de regresar o de largarse al otro mundo. Los secuaces de Brown volvieron grupas,

Alec siguió su camino avanzando rápidamente.

Los interesados en que nada la ocurriese estaban bastante intranquilos. Horas después de haber partido Alec, Brent tuvo ocasión de ir a teléfonos, y para un antiguo telegrafista como él, el «tic tac» del aparato era perfectamente comprensible.

El despacho que se estaba cursando, le hizo palidecer. Sin duda el telegrafista era cómplice de los bandidos por cuanto telegrafió a Viper-Station un parte de Lute Brown.

Corrió inmediatamente a avisar a Bud.

Entretanto los bandidos estaban prestos a caer sobre su víctima. Esta no tardó en presentarse, y





Los tales eran individuos de mala catadura, que la joven supuso compinches de Lute Brown.

sin que pudiese darse cuenta de ello se vió sujeta, atada y vendados os ojos,

Media hora de marcha a través de la sierra, y la desmontaron, Cuando le fué quitado el pañuelo de los ojos, se encontró en el interior de una mina, rodeada de hombres que llevaban cubierta la cara con antifaces.

Alec, dirigiéndose al que parecía mandar aquella tropa siniestra, le interrogó:

—¿Que pretendéis de mí?

—Tu dinero, hermosa—contestó el bandido galantemente.

—Ahí va,—dijo alargándole el paquete.

—Me place que te muestres tan razonable.

—Bien, ¿estoy libre?..

—Lo siento mucho, ero aún has de quedar algún tiemo en nuestro poder. De todos modos, no temas, aquí nadie te ha de hacer el menor daño.

Dicho esto alejóse Brown dejando a los dos bandidos para evitar la huída. Alec se tumbó sobre unas mantas que le dejaron, y fingió dormirse, pero no perdía de vista a sus guardianes que pronto empezaron las libaciones de whisky.

—Lo siento mucho, pero aún has de quedar al-

\* \* \*

Mallows sorprendióse al no encontrar a Lute Brown en el sitio convenido, y siguió su camino por la sierra,

Vió venir a un jinete en el que reconoció a Bud; se encaramó a un árbol, y en cuanto le tuvo a tiro, disparó.

El proyectil agujereó el sombrero de Bud, quien exclamó riendo:

—Mala puntería tienes señor asesino...—y ocultándose tras el tronco de un gigantesco árbol,

trató de averiguar de dónde había partido el disparo. Apercibió a Mallows, y dijo para sus adentros:

—A ver si yo la tengo más certera.

Disparó y tuvo el agrado de ver como el bandido caía de rama en rama.

Al ruido de las detonaciones acudieron Brent, O'Keefe y Holloway, pero no descubrieron nada.



—¡Márchate en seguida! y no vuelvas más a esta casa.

Guiados por el primero, dirigiéronse a la mina donde suponían se hallaría la joven. Pocos metros antes de llegar oyeron un estampido formidable y espesa humareda de la boca, y a dos bandidos que huían como alma que lleva el diablo.

Y cuando suponían hallarla muerta en el interior de la mina, viéronla salir empuñando el rifle. Ella había sido quien auyentado a los bandidos.

Explicó Alec, lo sucedido:

—Cuando los bandidos creyéndola dormida estaban emborrachándose, cayó sobre ellos, y disparando un tiro al aire logró auyentarlos.

\* \* \*

Después de haber pasado una noche en Wolf-Pen-Gap, Alec no creyó prudente rechazar la compañía de los que con tanta abnegación habían acudido a salvarla al saber que estaba en peligro.

No obstante trató de insistir cerca de Bud para que fuera a recoger las almadías, pero el joven replicó:

—He jurado a Mr. Mac Givens velar por tí, harto incumplido dejé mi juramento el dejarte partir ayer sola. Si a tu llegada, no me viese junto a tí, probablemente me reprocharla.

—Yo le diré que en menos de veinticuatro horas me has salvado la vida y el dinero. Además con la escolta que llevo, no creo me amenace ningún peligro.

Insistió en que se marchase a oCal City a recoger las almadías.

—Poco me importan—replicó Bud—ya cuidará Brent de enviárnoslas,

Alec no insistió; harto comprendía que Bud tenía vivos deseos de ver nuevamente a Mac-Givens y decirle que se había hecho acreedor a su perdón.

Siguieron el camino, y tan pronto como llegaron ante los caminos vecinos a la casa el resto

de Alec fué animándose, y no reparó en las miradas compasivas que la dirigían los leñadores.

El último trecho lo recorrieron a todo galope. Al llegar a la casa se encontró con la infausta nueva de la muerte de su padre.

Tan pronto vió al autor de sus días en la caja mortuoria, presa de desesperación, sacó su revólver, y dirigiéndose a Bud, le dijo:

—¡Márchate en seguida! y no vuelvas más por esta casa, pues en cuanto te vea te mataré como a un perro!

—¡Mátame en seguida! Te lo suplico!

Brent empujó rápidamente la puerta, y Bud quedó fuera de la habitación.

Alec cayó en brazos de su vieja nodriza, quien la explicó que Mac Givens había muerto por haber dejado incumplido la prescripción del «doctor». Abandonó el lecho, abrióse la herida, provocando la hemorragia interna que le había sido fatal.

Antes de morir la había encargado que le dijese que moría bendiciéndole, y que su última voluntad era que perdonase ella a Bud como él le perdonaba.

\* \* \*

De Bud durante mucho tiempo no se supo una palabra, Al salir de la casa, después de la violenta expulsión de que fué objeto quiso suicidarse pero recordando las palabras del difunto Mac Given: —.pero por si desgracia la herida me causara la muerte, júrame que velarás por Alec como lo harías si fuera tu hermana..», desistió de tal proyecto, y se dedicó a velar por la joven, pero a hurtadillas, sin que nadie se diese cuenta de ello.

Alec había encargado al «doctor» la dirección de la explotación forestal, y ella permanecía sumida en la más honda tristeza a la que no podían sustraerla las asiduidades de Brent, Halloway y O'Keefe, que estaban de ella más enamorados que nunca.

Los dos primeros, viendo que nada avanzaban, abandonaron la explotación.

Siguió el cajero de la Banca de Coal-City que disfrutaba de vacaciones.

La hija de Aaron, pensó que acaso a mantener su tristeza, contribuía en buena parte su presencia en aquellos lugares que la recordaban tiempos venturosos. Y optó por alejarse, comunilándoselo así a su afectuoso amigo.

—Necesito una temporada de descanso, y me voy a casa de mi tío en Perry Center, no sé por cuanto tiempo,

O'Keefe preguntó tímidamente:

—Y en sus resoluciones venideras, tendrá presente el amor inmenso que la profeso?

—El tiempo lo dirá—Contestó Alec.

Poco después la joven tomaba el tren en Viper Estación, y O'Keefe hacía lo propio, subiendo en uno de los últimos coches del convoy.

La joven durante el camino no dejó de pensar un momento en el empleado de la Banca a quien cada vez consideraba más digno de su amor.

Al llegar a la estación de Perry Center grande fué su sorpresa al hallarse frente a frente a O'Keefe, quien corrió todo el ánden para ayudarle a llevar el equipaje.

O'Keefe manifestó deseos de acompañarla, a lo que la joven accedió.

El viejo hermano de Aaron recibió a los jóvenes con muestras de grande regocio y procuró hacerles grata su estancia en la casa.

\* \* \*

Alec y O'Keefe se amaban, la vida para ellos tenía maticés rosados, cuando un episodio trágico pudo poner un colofón fatal a sus amores.

Mallows, viendo que jamás no podría hacerse amar de Alec, prendió fuego al silo en donde estaban almacenados los granos.

Se salvaron milagrosamente, pero Mallows intentó aún truncar aquella felicidad naciente, Aprovechándose de la confusión originada por el incendio, el bandido consiguió apoderarse de Alec, pero cuando se disponía a partir, una voz tronó a sus espaldas:

—¡Alto ahí!, miserable! Si avanzas un sólo paso te mato.

\* \* \*

Casáronse por fin Alec y O'Beefe, dirigió éste la explotación, dando un formidable impulso a los negocios.

Y finalmente, a los esposos les fué dable, vivir una vida de felicidad y bienandanza.

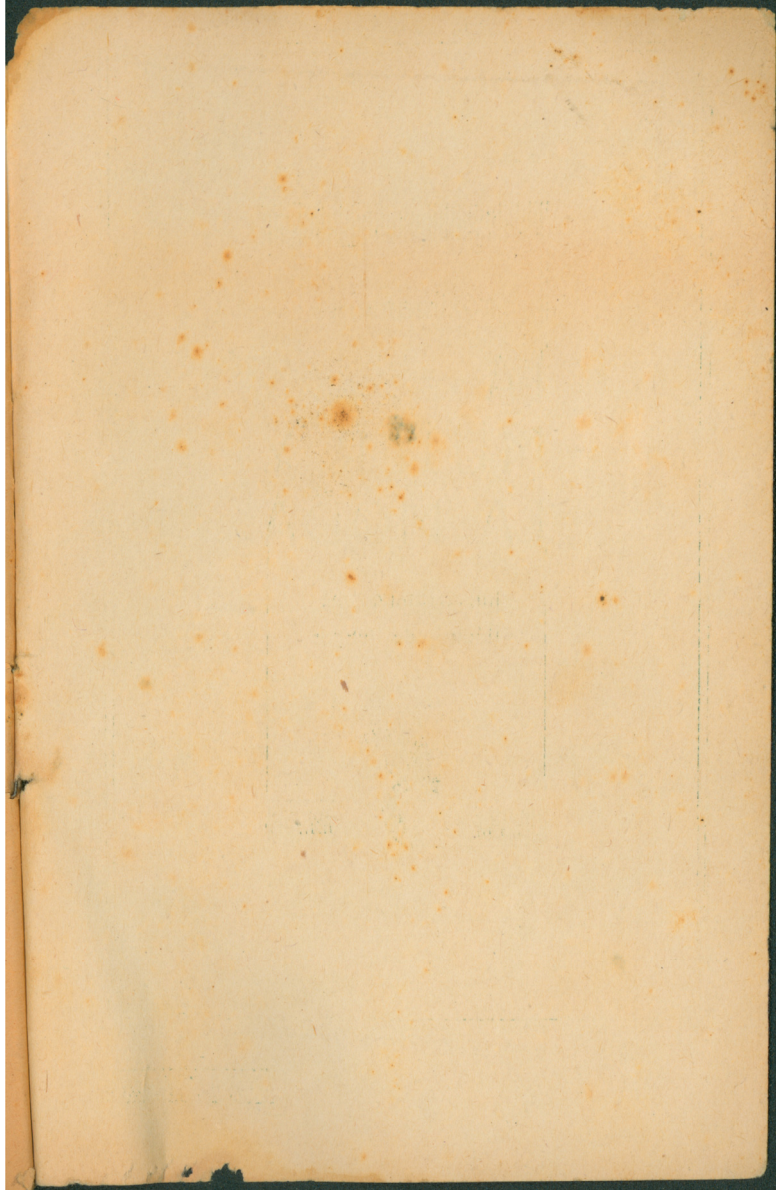
En nuestros  
próximos nú-  
meros publi-  
caremos los  
argumentos  
de las intere-  
santes pelícu-  
las, tituladas

Esposas Frívolas  
y  
Moran el Marino

NARRACIONES

**Mario Monteverde**







Próximamente :

LA  
MUJER Y  
LA MODA

Interesantísimo pe-  
riódico de modas



Editorial ESMANDIA  
Provenza, núm. 244



Lute Brown y Mallova siguieron hablando y poco después dirigióse el primero a sus habitaciones y el otro a la calle.

Full page scan of center fold pages  
16 and 17